

FRANZ KAFKA VIENDO LLOVER EN MACONDO

Gerardo Piña-Rosales
Academia Norteamericana de la Lengua Española

Presentación de la edición conmemorativa de
Cien años de soledad, de Gabriel García Márquez

Library of Congress

Washington, 10 de diciembre de 2007

FRANZ KAFKA VIENDO LLOVER EN MACONDO

Gerardo Piña-Rosales

Cuando Melquíades leyó en un periódico de Praga el obituario que sobre la muerte de Franz Kafka había escrito Milena Jenská, supo que el momento había llegado: por fin podría desentrañar el secreto que habría de abrirle las puertas de la imaginación al Cronista de Macondo. El obituario, entre otras cosas, decía: “Kafka fue un ermitaño, un hombre lúcido asustado por la vida. Para él, el mundo estaba lleno de invisibles demonios que atacan y destruyen al hombre indefenso. Todas sus obras describen el terror de la incompreensión misteriosa y la culpa sin culpa del hombre”.

¿Demonios? Claro que sí, sin duda alguna, si lo sabría él, Melquíades el Mago, un gitano corpulento, de barba desmañada y manos de arrendajo, al que se le atribuían poderes demoníacos. Pero él, era un demonio que no destruía a nadie (cada cual se destruye a sí mismo); todo lo contrario: él siempre había procurado ayudar a los débiles, a los indefensos, entre los que abundan los artistas, esas pobres criaturas abandonadas de la mano de Dios, como el Doctor Kafka, como el Cronista de Macondo.

En efecto, un 3 de junio de 1924, Franz Kafka había muerto de tuberculosis en el sanatorio de Kierlonk, cerca de Viena, acompañado tan sólo de su último amor, Dora Dymant, y del Dr. Klopstock, su médico de cabecera. No había cumplido aún los 41 años. Su cuerpo había sido trasladado a Praga, y sería enterrado en el Nuevo Cementerio Judío de Praga-Žižkov una semana después.

El día del entierro había amanecido soleado, pero por la tarde se había desencadenado un furioso aguacero. Lentamente, la comitiva fúnebre se aproximaba al cementerio. Cuando descendieron el ataúd, Dora Dymant lanzó un horrible grito lastimero, que se perdió ahogado por la letanía en hebreo de un rabino que hablaba de Dios y de esperanza y redención. Los amigos de Kafka arrojaron tierra, una tierra oscura, pedregosa, sobre el ataúd. No muy lejos de allí, el rabino Loew se estremeció en su tumba, así como los treintatrés discípulos favoritos que yacían a su lado. Se cuenta que el rabino vivió hasta los 104 años, y hubiese seguido vivo otros cien años más, si el ángel de la muerte, para poder arrancarlo de este mundo, no se hubiera escondido en el aroma de una rosa. Pero después de muerto, sus poderes continuaban intactos: porque sesenta años más tarde, cuando iban a enterrar junto a él a un nieto suyo, y descubrieron que no había espacio, el rabino, con todo su séquito, no tuvo inconveniente en moverse varios metros para hacerle sitio.

El cortejo abandonó quedamente el camposanto. Eran las cuatro de la tarde. Las agujas del reloj del Palacio Kinsky se habían detenido.

Melquíades, ajustándose el sombrero de alas de cuervo y aderezándose el chaleco de fantasía, miró hacia el horizonte anubarrado: a lo lejos se divisaba Praga: las casas de sillares blancos y techos cobrizos, las ventanas de los viejos palacios ciegas y oscuras, el

laberíntico barrio judío, donde los ancestros de Kafka habían vivido atrapados durante siglos, como atestiguan los documentos de Ibrahim ibn Jakub en el *Codex Cordoba*. De esos mercaderes judíos que se instalaron en la parte baja del Castillo de Praga, sobre la colina de Hradčany (o Hradschin), y que luego se trasladaron sobre la ruta de Visegrad, al sur de la Ciudad Vieja, descendes tú, Franz Kafka.

Conozco bien tu historia. Perdona que te la recuerde, cuando tú, ahora que te crees muerto, lo único que deseas es olvidar, olvidar a tus antepasados, como aquel Jacob Kafka, el carnicero, tan fuerte que podía levantar un saco de harina con sus dientes; olvidar a Elli y Valli, tus hermanas (que habrán de morir pocos años más tarde en los campos de concentración nazi), pero no a tu hermana Ottla, la única de tu familia que te entendía; olvidar a Julie, tu madre, que nunca tuvo el valor de enfrentarse a los desafueros iracundos de Hermann, tu padre, ese tendero, patriarcal, burdo y práctico de carácter dominante que no adoraba más que el éxito material y el ascenso en la escala social, y que te despreciaba; olvidar a quienes fueron tus amores (a las que no amaste nunca, porque tú solo podías amar la literatura, ese dulce y embriagador veneno que corría por tus venas): a Felice Bauer —tan modosita, tan insulsa, tan convencional—, a Milena Jesenská —tan desenvuelta, tan moderna, tan libre—, a Dora Dymant —tan sencilla, tan noble, tan cariñosa; olvidar a los pocos que fueron tus amigos, Oskar Pollak, Franz Werfel, Felix Weltsch, y sobre todo Max Brod, que, para que lo sepas (aunque lo supiste siempre), no destruyó tus manuscritos; y a tus jefes de la Compañía de Seguros, que te apreciaban, pero que no podían ni imaginarse el suplicio que significaba para ti desempeñar día tras día, tras noches y noches de insomnio y pesadillas, aquel trabajo rutinario y paralizador; olvidar a tus personajes, esos seres hijos de demonios, derrumbamientos, embates, persecución y soledad, perdidos en un mundo oscuro, desconcertante y desconocido: a Karl Rossmann, ese pobre muchacho alemán que se abre camino en un inextricable continente y que al fin es admitido en el Gran Teatro Natural de Oklahoma; a Josef K, progresivamente abrumado por un insensato proceso, sin saber cuál es el delito del que lo acusan, ni quiénes son los miembros del tribunal que debe juzgarlo; a K., aquel agrimensor apostado día tras día ante las puertas de un castillo en el que no logra penetrar jamás y que muere sin ser reconocido por las autoridades que gobiernan; olvidar los lugares por donde transitaste, lúcido o en trance: la colonia penitenciaria, donde cualquier desvío, la más mínima infracción, se castiga con la tortura de una máquina diseñada para grabar en la piel del condenado, de la víctima, el mandamiento violado; la Gran Muralla China, una nueva Babel, en las regiones perdidas de inconmensurables distancias, donde el infinito es múltiple. Pero dejémonos de viejas historias, y acompáñame, Franz, que tenemos una delicada e importante misión que cumplir, y ya he esperado demasiado tiempo.

Había anochecido. Melquíades, después de atravesar a grandes zancadas los huertos feraces de los arrabales, entró en la ciudad. Le seguía Kafka, más esquelético que nunca, con sus orejas luperinas, su mirada de insomne, su sardónica sonrisa, y silencioso, extraña y sibilinamente silencioso. Estas tristes calles de Praga, mi querido Franz, estas estatuas barrocas, las catedrales, las bibliotecas, el extraño y dulce olor del gueto, me recuerdan siempre el fondo de tus sufrimientos. Fuiste su hijo, su prisionero, su poeta; aquí escribiste, meditaste, rezaste, buscando y temiendo a Dios; aquí tuviste que soportar

los tormentos de tu lucidez. No hubo escape. No podía haber escape. Tu condición de poeta te condenó a la soledad, a la soledad en tu familia, a la soledad en la comunidad judía, a la soledad de un exilio moral y religioso. Aunque en tu obra no hiciste nunca referencia explícita a Praga, los dos formáis una pareja indisoluble. Praga actuó en ti con toda su potencia metafórica; te confinó a un espacio existencial, te constriñó a un estrangulamiento espacial y te dosificó perversamente sus secretos.

Ya veo que reconoces el camino. Tan pronto como crucemos el Moldau por el Puente Charles (¡cuántas veces pensaste en arrojarte a sus aguas!) y rodeemos la sinagoga, estaremos en el Callejón de los Alquimistas. Sí, amigo, aquí viviste tú un tiempo, gracias a la generosidad de tu hermana Ottla. Aquí, en la soledad más absoluta, pasaste noche tras noche garrapateando en tu alemán de bruñido acero tus cuentos de amor, de locura y de muerte. Por la noche, cualquier ruido por leve que fuera —el beso de los enamorados, el murmullo de versos de los poetas—, te sobresaltaba, y ya no podías seguir escribiendo. Te asomabas al balcón y contemplabas las sombras acechantes de las estatuas de los santos y las siniestras piruetas de los murciélagos. ¿Sabías que hace siglos, en los tiempos de Kepler, precisamente en este mismo lugar se ubicaban los laboratorios donde los alquimistas buscaban (buscábamos) la piedra filosofal? ¿Sabías que fue aquí mismo donde Johannes Faust hizo un pacto con el diablo? Sí, en este mismo cubículo, que ahora es mi morada y que, por esta noche, será de nuevo la tuya.

Pero no temas nada, amigo Franz, que no he venido a hacerte ningún daño. Sólo te necesito por una noche, y después te dejaré en paz. Ya habrás adivinado quién soy. Sí, el mismo que viste y calza: Melquíades. No tengo padre ni madre ni genealogía, y mis días no tienen comienzo ni tendrán fin; mi sabiduría es omnisciente, mi presencia perenne, mis poderes sobrenaturales; conozco los mitos y puedo mantener contacto con el mundo de los espíritus; puedo ser visto en dos lugares al mismo tiempo; me parezco al hijo de dios, pero estoy condenado a ser sólo un mago, un nigromante. Únicamente a los elegidos les corresponde comprender mis enseñanzas, mis escrituras, aunque para ello, como devotos auríspices de la escritura, deban pasarse años estudiando el sánscrito, la hakeitía o el yiddish. Como tú, Doctor Kafka, como el Cronista de Macondo. Poseo las claves de Nostradamus, y por eso puedo predecir el futuro. Y escribo mis predicciones en cuartetos, en francés, con algo de italiano, griego y latín, para que las torquemadianas lenguas no murmuren. Fecundan mis entrañas Prometeo, el dios del fuego, y Hermes Trismegisto, el de la *Tabla de esmeralda*, dios de la magia y la escritura, y Paracelso, el del *Thesaurus Thesaurorum Alchimistorum*. Para poseer poderes mágicos tuve que quemarme las cejas durante siglos escrutando los intrínquilis de la Cábala, bajo la férula de Ibrahim ibn Jakub, y así llegué a alcanzar un verdadero espíritu religioso, una disposición intelectual única y un conocimiento íntimo de la palabra de Dios. El mundo de los espíritus, querido Franz, no está cerrado bajo siete llaves. El poder de la magia es siempre un poder transformador. Los animales hablan, la materia muerta engendra vida. No tengo que recordarte, pues eso lo aprendiste muy pronto, que el mundo es mágico y que hay que aceptar las desviaciones de lo que se considera anormal, llegar a lo que sería imposible en un mundo empírico: sabes muy bien que un hombre puede convertirse en animal, que los objetos inanimados pueden moverse con sólo mirarlos, que las distancias espaciales se

pueden condensar o expandir a voluntad. Lo fantástico es la otra cara de la magia. Con ella, obtuve la omnipotencia de pensamiento, la victoria sobre las leyes de la naturaleza.

Descansa, Franz, descansa. Cierra los ojos y trata de dormir, mientras yo recito algunos pasajes clave de *De generatione rerum naturalium*, de Paracelso, en los que se encierra el misterio para la creación del homúnculo, del golem, con las fórmulas mágicas del rabino Loew. Cuando despiertes del sueño de la muerte, habrás dejado de ser un pobre cadáver condenado a la putrefacción desintegradora para convertirte en mi mensajero, en el portador del secreto que habrá de revelarle al Cronista de Macondo su auténtica voz, con la que este podrá, con el tiempo, contar la saga de los Buendía. He aquí el Shem, la estela escritural con el nombre de Dios. La llevarás en la frente mientras dure tu viaje, mientras repitas el conjuro que habrá de despertar al Gran Solitario. Eres sólo espíritu, es decir, vida misma, omnipresente, inmortal.

Duerme, Franz, duerme, sueña, vuela, cruza conmigo los anchurosos mares, atraviesa conmigo las escarpadas montañas. Pasamos por Zipaquirá, Colombia, América del Sur, donde el Cronista de Macondo, todavía un muchachón de negro pelo ensortijado, persigue por la Plaza de los Comuneros a niñas que se convierten en mariposas, y en las desangeladas aulas del Colegio San Juan Bautista de La Salle sueña con llegar un día a ser un gran escritor.

Más allá de las cenagosas tierras del norte colombiano está Macondo. Que no te importe la lluvia, Franz, pues esta lluvia, que aquí es perenne, limpia y purifica. He ahí al pueblo, adormilado bajo el aguacero, sepultado por una historia legendaria, mítica, donde un día llovieron florecillas amarillas y despegaron las esteras voladoras cargadas de niños negros con el pelo rubio y los ojos azules, y de donde partió un tren militar para arrojar tres mil cadáveres al mar. Ahí están las casas de tablas con techos de zinc, cerradas con tranca, y en cuyas ventanas se asoman mulatas desafiantes de senos como calabazas y ancianos de ojos inquisidores. Ahí están los cuarteles de madera carcomida por los años y el comején, que rodean los patios plantados de mamones y de papayas, y de jazmines, de jobos y de limoneros. Y ahí está el castaño al que José Arcadio Buendía vivió atado hasta su muerte. Caminemos por estas calles pedregosas por donde deambulan fantasmas tan viejos como la imaginación de los más viejos del lugar. Ahí está la iglesia de San José, donde el padre José del Carmen Sánchez se quejó un día de la poca fe de los lugareños y se negó a dejarse retratar porque, estando en ayunas, temía que la cámara le hiciera daño. Y ahí está la estación, adonde un día llegó un tren cargado de hetairas francesas. Oye, Franz, las voces variopintas, las múltiples lenguas del mundo. Dejemos atrás los salones de baile, los billares y las galleras. Ya estamos cerca, muy cerca de la casona del coronel Márquez y su esposa Tranquilina, y de su nieto, niño aún, que, por tu mediación, habrá de convertirse algún día en el gran Cronista de Macondo. El niño duerme y sueña en las historias que le han contado sus abuelos, historias de sus antepasados de Riohacha y Barrancas, de la guerra de los Mil Días, en la que su abuelo fue coronel, y la historia del Libertador, que murió allí muy cerca, en la quinta de San Pedro Alejandrino, historias donde los muertos siguen viviendo junto a los vivos. Pero sobre todo, gracias a ti, Franz Kafka, el destino de esta familia quedará para siempre grabado en la historia de los hombres por los siglos de los siglos. Y los Buendía cruzarán montañas y ciénagas en

busca del paraíso perdido, y fundarán Macondo. El patriarca José Arcadio Buendía enloquecerá por mor de la ciencia y, Ursula, su mujer, será quien mantenga el hogar. Gentes de mi tribu, los gitanos, visitarán el pueblo trayendo todo tipo de portentos. Y yo, Melquíades, con tu inestimable ayuda, Franz, comenzaré a pergeñar la historia de Macondo. Los dos hijos de los Buendía, José Arcadio y Aureliano engendrarán hijos ilegítimos, Arcadio y Aureliano José, con la misma mujer, Pilar Ternera; José Arcadio no podrá resistir nuestras voces sirénidas, y se vendrá con nosotros, los gitanos. Pietro Crespi, un tierno y melancólico tañedor de lira, cortejará a Rebeca, la adoptada, y una Buendía, Amaranta, locamente enamorada de él, se llenará de odio y celos. Un cura fundará una iglesia, y Apolinar Moscote se erigirá en la autoridad. Liberales y Conservadores entablarán una larga y sangrienta guerra, en la que Aureliano llegará a ser un famoso coronel y Arcadio un temible déspota. Pietro Crespi, rechazado por Rebeca, la comedora de tierra, acabará suicidándose. Y antes de ser ejecutado, José Arcadio y su mujer Santa Sofía de la Piedad engendrarán gemelos y también a Remedios la bella, que habrá de subir a los cielos en olor a santidad. Aureliano Segundo beberá y comerá como un tragaldabas, fornicará como un desaforado con su amante Petra Cotes y acabará casándose con la rancia y linajuda Fernanda del Carpio. A Arcadio, su hijo, lo pasaportarán a un seminario en Roma para que algún día llegue a ser Papa. De las relaciones ilícitas con el mecánico Mauricio Buendía, Renata Remedios tendrá un hijo bastardo, Aureliano; y Amaranta Ursula será enviada a Bruselas a estudiar (y a buscar novio). Un día, los diecisiete bastardos del Coronel Buendía aparecerán en el pueblo con sus madres; uno de ellos traerá el tren, que a su vez traerá a la compañía bananera norteamericana que sembrará en el pueblo la explotación, la corrupción y la muerte. Morirán los diecisiete bastardos y hasta el mismo Coronel. Se desencadenará una huelga general de los trabajadores de la compañía bananera. José Arcadio Segundo, líder sindical, será el único superviviente de la matanza perpetrada por las fuerzas del orden. Entonces comenzará a llover durante varios años seguidos, y Macondo, este Macondo que hoy ves, acabará siendo una desastrosa ruina. Después morirán Ursula y los gemelos, y Fernanda Santa Sofía desaparecerá del pueblo. Aureliano se convertirá en un ser solitario, en recluso dedicado a descifrar mis manuscritos. José Arcadio volverá de Roma y morirá en manos de delincuentes. Amaranta Ursula y su sobrino Aureliano tendrán relaciones incestuosas, de las que nacerá el monstruo, el niño con cola de puerco. Morirá Amaranta Ursula, y Aureliano por fin descifrá el enigma de mis manuscritos, el enigma de su destino, el final de la estirpe de los Buendía y la inmortalidad del Gran Solitario, el Cronista de Macondo.

Pero para que todo eso ocurra habrán de pasar todavía algunos años, aunque no muchos. El Cronista de Macondo, querido Franz, no es aún el Cronista de Macondo, porque para él no eres más que un nombre, y tal vez un escalofrío. Y ya es hora de que te conozca. No, no lo busques en este pueblo caribe; hemos de seguir viajando, esta vez hasta la Cordillera Oriental de los Andes, hasta el pueblo de Nuestra Señora de la Esperanza y Santa Fe, donde el joven Cronista lucha contra la soledad al que lo condena una gente melancólica y demasiado ocupada en sus asuntos personales, y donde, por tu providencial inspiración, se dedicará de lleno a escribir, oficio, que como tú sabes muy bien, es el más solitario del mundo. Solitario es el Cronista como lo fuiste tú, un ser extraño en tu propia vida, creador de personajes inadaptados. Ahora duerme, ahora sueña,

oye ahora tus palabras: “Cuando Gregor Samsa despertó aquella mañana, después de agitados sueños, comprobó que se había convertido en un asqueroso insecto”. ¿Te asombras, mi querido Cronista? No te quepa dudas de que lo maravilloso puede convivir con lo cotidiano y, a través de un lenguaje evocador y preciso, hace revivir lo inverosímil y lo reconvierte en verídico y poético. Escribir es armar un sueño, deletrear un universo concebido por la magia de un ser. ¿Nadie te había dicho que se podían escribir las cosas de ese modo, mi pobre Cronista colombiano? ¿No era así, en ese tono natural, busterkeatiano, como tu abuela te contaba las historias más inverosímiles? La lectura, el descubrimiento de *La Metamorfosis*, te atraparé para siempre. Leerás después “Un artista del hambre”, “La madriguera”, “Investigaciones de un perro”, retratos mórbidos de soledad y aislamiento, ironía, humor y sátira, historias de seres atrapados, enjaulados, confinados. Y así nacerá tu primer cuento, “La tercera resignación”, sobre un muerto que no estaba muerto; y seguirán otros como “La otra costilla de la muerte”, y “Eva esta dentro de su gato”, y “Diálogo del espejo”, y “Tubal-Caín forja una estrella”, y “Ojos de perro azul, y el “Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo” (que muchos años más tarde será el punto de partida para la evocación que hará de ti y de tu historia, en la Gran Biblioteca Universal, un escritor andalusí, vecino de un barrio judío –hasídico, por más señas– de la Nueva Ámsterdam). Y de ahí, cada vez más envalentonado, alimentado con la sangre de mi espíritu, escribirás *La hojarasca*, y *Los funerales de la Mama Grande*, y *La prodigiosa tarde de Baltasar*, y *El coronel no tiene quien le escriba*, y *La mala hora*, hasta llegar, por fin, a *Cien años de soledad*, en cuya historia yo tendré un papel trascendental, desde que el mes de marzo, con mi familia de gitanos desarrapados plante mi carpa cerca de la aldea, y con un grande alboroto de pitos y timbales demos a conocer en Macondo los nuevos inventos. Primero llevaré el imán, la octava maravilla de los sabios alquimistas de Macedonia, e iré de casa en casa arrastrando dos lingotes metálicos, y todo el mundo se espantará al ver que los calderos, las pailas, las tenazas y los anafes se caen de su sitio, porque has de saber que las cosas tienen vida propia, y que todo es cuestión de despertarles el ánima. A José Arcadio Buendía, empeñado en desentrañar el oro de la tierra con mi invento, tendré que convencerle de que para eso el imán no sirve, pero no me hará caso y al final lo único que encontrará será una armadura y dentro de ella un esqueleto calcificado con un relicario de bronce con un rizo de mujer. Otro año llevaré el catalejo y la lupa, que José Arcadio querrá usar como artefacto de guerra y con la que casi incendiará la casa. Y yo, para desagraciarlo, tendré que proveerle de una síntesis de los estudios del monje Hermann (no te asuste, Franz, no se trata de tu padre) para que pueda utilizar el astrolabio, la brújula y el sextante. José Arcadio Buendía se construirá un cuarto para estudiar y hacer experimentos. Y después de devanarse mucho los sesos, llegará a la conclusión de que la tierra es redonda como una naranja. Todo el mundo pensará que está loco, pero no yo, que, admirador de su inteligencia, le regalaré un laboratorio de alquimia, con su atanores, probetas y alambiques para que intente fabricar, siguiendo las descripciones de María la Judía y las fórmulas de Moisés y Zósimo, la piedra filosofal. Todos dirán que he envejecido y que las enfermedades contraídas en mis viajes por el mundo han acabado conmigo. Qué ilusos, qué poco conocen a Melquíades. Lo que sí es verdad es que la muerte me ha seguido, me sigue y me seguirá a todas partes, y que soy un sobreviviente de todas las plagas del mundo. La gente creerá que he muerto, pero con el tiempo reapareceré tan campante, porque la verdad es que no es fácil soportar la soledad de la muerte. Los de mi tribu me repudiarán, y, desprovisto de toda

facultad sobrenatural por mi fidelidad a la vida, me refugiaré en Macondo, donde aún no habrá muerto nadie, y me dedicaré al noble arte de la daguerrotipia. Al principio, cuando José Arcadio Buendía vea la imagen de toda su familia reflejada en una lámina de metal tornasolado, se asustará mucho, pensando en que la gente se gasta poco a poco a medida que queda plasmada en el metal, hasta que comprenda su mecanismo y él mismo se empecine en fotografiar a Dios para probar, de una vez por todas, su existencia. Yo, al socaire de todos esos desatinos, seguiré garrapateando mis manuscritos, mis encíclicas cantadas, de las que sólo Aureliano entenderá algo. Y un día proclamaré que he muerto de fiebre en los médanos de Singapur, y José Arcadio, tan astuto él, afirmará que yo soy inmortal, y se llevará mi cadáver al laboratorio para resucitarme, exactamente como yo he hecho contigo, mi querido Kafka. Pero ni sahumeros mercuriales ni fórmulas cabalísticas podrán resucitarme, y acabarán enterrándome en el cementerio del pueblo. ¡Figúrate qué honor: el primer muerto de Macondo! Claro que yo seguiré deambulando por la casa, y un día, cuando el niño Aureliano Segundo, le pida a Ursula que le deje entrar en mi habitación, la pobre vieja se llevará un susto de órdago al comprobar que la estancia del viejo Melquíades está más limpia y brillante que una patena. Con Aureliano Segundo me sentiré feliz, aunque de ninguna manera accederé a traducirle mis papelotes. José Arcadio Segundo será el más porfiado, y durante años, mientras la lluvia azote al pueblo, se empeñará en descifrar mis manuscritos, recluso a cal y canto en aquel cuarto que le había proporcionado la paz. Por fin, José Arcadio Segundo logrará interpretar las letras crípticas de mis pergaminos, pero morirá pronto, y Santa Sofía de la Piedad tendrá que degollarlo antes de enterrarlo, por si las moscas. Con Aureliano haré muy buenas migas, porque, discípulo aventajado, aprenderá con suma facilidad los secretos de la ciencia demonológica y hasta las claves de la piedra filosofal, y descubrirá que mis pergaminos están escritos en sánscrito, porque al fin y al cabo, como gitano que soy, mi origen está en la India. Pero no sólo de pan vive el hombre, y Aureliano no sólo se dedicará a desentrañar algunos pliegos de mis legajos, sino que tendrá tiempo también para refocilarse con la Nigromanta, una mulata de rompe y rasga, y de enamorarse incestuosamente de Amaranta Ursula, de la que nacerá el monstruito de rabo de cerdo, y cuando al engendro lo devoren las hormigas tendré que echar los pergaminos al fuego, y todo habrá acabado, y todo habrá de empezar otra vez.

Muchos años después, poco antes de exhalar su último suspiro en aquel sanatorio cercano a Viena, Franz Kafka había de recordar aquella tarde remota en que Melquíades lo llevó a conocer Macondo. Sonrió entonces, y supo que había alcanzado la inmortalidad.